

Prólogo

Una cita de José con Vulcana y el mar

La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla.

Gabriel García Márquez

Pareciera que el poeta tratara diferente los momentos y las vivencias amorosas-eróticas, el desarrollo del ser, la apropiación de una visión de mundo, que quien practica el complejo y difícil arte de escribir novela. Pero en el caso particular de *Fulgor de la Calle Grande*, quien la escribe tiene la dicha de ejercitar con presteza ambos géneros, lo que nos permite comprender por qué esta novela es un navío anclado en la poesía, que narra de manera palpitante y exquisita el bello fulgor de Vulcana, el trofeo amoroso de *Jose*. Esta novela narra parte de la historia de Santa Marta en general y de la Calle Grande específicamente, mediante el sueño fantástico de *Jose*, quien galopa como un caballo brioso por su infancia, su juventud y su madurez, en procura de aquella mujer.

Es Vulcana quien le permite al autor en su estructura narrativa utilizar el monólogo interior, para que *Jose*, entre el susurro de las olas del mar de Santa Marta y la mirada vigilante del Morro, exorcice su amor volcánico por esa sirena vestida de conchas marinas que no sabe por qué cosas de

la vida perdió de vista por décadas. Solo mediante un sueño, *Jose* logra rescatarla y en sus deseos y delirios le suplica «Vulcana: espérame entre palmeras como la primera vez». Vulcana y el mar logran exitosa y poéticamente rematar la novela al incrustar en *Jose* la nostalgia y el recuerdo de aquellos «ojos verdes y la cara de muñeca», cuando aquella niña retozaba por la Calle Grande entre la inocencia amorosa que los habitaba.

De cualquier manera, el ejercicio poético no se centra solamente en la «amada eterna», sino en un permanente canto al mar en todo su fulgor estético. El mar, como los otros personajes de la novela, se erige en todo momento como un personaje protagónico que embellece la narrativa y le otorga identidad y reconocimiento a la ciudad que sublima el novelista, quien entre líneas dice: «Yo no cambio la belleza y el esplendor de este mar por ninguno otro en el mundo», y más tarde sigue metaforizando: «El mar de noche es oscuridad que canta». Si Vulcana fue la obsesión amorosa de *Jose*, el mar ha sido y será para el resto de sus días un descendiente canto viajero. La permanente narrativa del mar de esta novela nos transporta sin mayores esfuerzos a la poética del maestro Gregorio Castañeda Aragón, reconocido como *El poeta del mar*.

Fulgor de la Calle Grande es una semblanza de la cultura caribe, del ser samario, de la música de la época cuando los potentados como los de a pie gozaban con *El helado de leche*, *Te olvidé* y otras melodías tropicales, de la belleza raptora del mar y sus alrededores, de la gastronomía, de reconocidas familias y personajes regionales, de las atávicas manifestaciones religiosas, de las generaciones y decadencias políticas, del Unión Magdalena y sus glorias, de sus regionalismos, de

las diversidades sexuales, de los prostíbulos, locos, parques y chismografía. Todo esto configura una arquitectura maravillosa de recuerdos y nostalgias de *Jose*, que parece una instantánea de la memoria y camina como un tren que arrastra de prisa unos vagones omniscientes, pues todo lo saben, lo cuentan y lo recuerdan de manera audaz, hasta el mísero detalle y el evento trascendente, el personaje pútrido y el lleno de magnificencia. Esa memoria escudriña también lo claro-oscuro de la sociedad samaria conservadora en su moral, que deja hacer y pasar las arbitrariedades de las castas políticas y los abusos de los gobernantes que se han valido siempre de los comportamientos pusilánimes y contemporizadoras de sus ciudadanos con sus desgracias y pobreza.

No se puede escapar a estas notas el peso relevante de la familia de José Luis, el autor de esta novela, y de manera muy especial la de su padre, Manuel José Díaz-Granados Cotes, quien fue un faro moral, ético y político, y que en la novela le sirve al autor para esparcir la sensibilidad que aquel le transmitió desde su infancia. Esto porque, en el discurso narrativo, fluye un lenguaje que atrapa al lector y le invita a continuar leyendo la novela, porque es irreverente, fresco, riguroso en su construcción sintáctica, combinado con el manantial metafórico que desde el inicio hasta el final el autor le imprime. No obstante, es evidente que la realidad de nuevo se impone avasallante a la fantasía. Eso parece un acto premeditado del autor en la construcción de la novela.

Fuera de los recursos literarios utilizados por el escritor, es destacable el pulso narrativo, creciente y sostenido en todo el libro; sin capítulos y sin división de párrafos, es un haz lumínico de palabras, unida a una cascada de imáge-

nes y figuras literarias, de juegos lingüísticos, de ideas, de acontecimientos trascendentes y cotidianos de la ciudad. Este pulso desemboca en una escritura limpia y cautivadora con discreto humor y con un *Jose* que en todo momento y lugar desvaría por Vulcana, quien también entra y sale de la novela cuando quiere, y vulcaniza su moral y la de la sociedad que lo vio nacer usando regionalismos y un conjunto de vocablos «vulgares».

Estas licencias hay que justificarlas dentro del contexto de la novela misma y de la sociedad en que esta se desenvuelve. Tal vez la crítica ortodoxa la sitúe fuera del canon literario tradicional, pero es bien entendido que la buena literatura en su creación es portadora de nuevos elementos de la lengua. Sin embargo, su producción genera transgresiones, como esta novela que seguramente hará parte de las antologías de novelas a nivel departamental y por supuesto del país.

Otras consideraciones que se deben apreciar en una aproximación crítica a *Fulgor de la Calle Grande*, y que contribuirían al análisis, puede ser que en la novela hay un fuerte componente sociopolítico y un explícito manejo erótico-sexual que podría incomodar a algunos o muchos lectores con prejuicios moralistas, o tal vez no. Posiblemente, a otros les parecerá que no hay nada inmoral, ya que lo narrado es normal en la literatura universal y nacional; además, hace parte del contexto social narrado, corresponde a la verosimilitud de la narrativa y a su vez proviene del criterio mayor de un escritor que en estos momentos ha alcanzado su punto de madurez novelística. El autor ha sido capaz de imprimirle a esta novela sus visiones de mundo

y su visión de lo literario, como un punto de quiebre que transgrede con lo canónico y reafirma su propia voz.

Wilmer Daza Bohórquez

Bogotá, agosto, 2015

Cuando desperté, alcancé a ver en el reloj de pulsera que aún era muy temprano. Acababa de soñar con Vulcana y quizás por eso me hallaba algo sobresaltado. Había soñado que después de tres décadas había vuelto a ver al amor de mi infancia. La veía ahora convertida en una señora de rostro impreciso que descendía conmigo unas escaleras de piedra blanca que conducían al fondo del mar. Vestía un abrigo color crema que dejaba ver un suéter de tono apanelado, pero no podía apreciarle el rostro. No recuerdo si ella me tomaba de la mano para el descenso o era yo quien lo hacía con la de ella. En este punto del sueño me parece que yo me sentía emocionado, pero no puedo precisar si feliz. En el momento exacto en el que ella me iba a decir algo, yo desperté bajo el apremio de una profunda impresión. Me froté los ojos hasta que la vista se hizo más borrosa, pero luego se tornó diáfana y perfecta. De inmediato le puse lógica al asunto. Era lunes y, claro, la noche anterior debió regresar mi prima Ana Polimnia de Medellín y con seguridad me tendría noticias de Vulcana, a quien no había vuelto a ver hacía treinta años, desde que éramos niños y ella venía de vacaciones a Santa Marta. ¡Qué alegría! Sin esperar siquiera a desperezarme, alcancé el teléfono y marqué el número de Ana Polimnia. Al tercer timbrazo escuché su voz de inconfundible acento querendón, pero, de todos modos, a pesar de nuestra infinita confianza, le había sorprendido que la llamara a tan tempranas horas. Mi madre se afanaba cuando mi padre no llegaba a

tiempo a comer. Ve a buscar a tu papá que debe estar donde *El Chino* bebiendo ron con Enrique De Andreis y *El Pollo Ronco*. A las siete de la noche, el centro de Santa Marta vibra de vida plena. La Avenida Campo Serrano, nuestra quinta avenida, es un río multicolor de gentes que van y vienen en alegre esplendor nocturno, por las orillas iluminadas por los avisos de neón de los almacenes, antes y después del costado posterior de la Catedral y de la fachada del teatro «Santa Marta». El vocerío nocturno de los niños por allá por la Avenida del Ferrocarril, la Calle Cangrejal, la Calle Cangrejito, la Calle de la Cruz, la de San Francisco... En el solar de la casa de mi tío Mauricio había un tesoro enterrado junto a la paredilla: era una cajita de madera en cuyo interior había un paquete de cigarrillos «Pall Mall», una caja de fósforos, una navaja y unas monedas de cincuenta centavos. Era de propiedad de mi primo Mau. Al atardecer, bajo el palo de tamarindo, fumábamos, hablábamos de cosas de hombres, mientras espantábamos lagartijas. A lo lejos, en el solar vecino, una mujer a la que llamaban *La Guacamaya*, recogía la ropa limpia de los alambres. ¡Currinche, pizarra negra y colorá! *El Pájaro Rafael / que es el menor de los Vives / en el año treinta y tres / cumple treinta y tres abriles. / Vives, vivirás muchos años, / Vives, vivirás, vivirás.* Me llamo José Luis, pero me dicen *Jose*. Soy samario. Es decir, nacido en Santa Marta, Magdalena, Colombia. Un amigo argentino me dijo una vez: qué raro «samario», debía ser santamarteño ¿no? Pues no. Y me veo vivir largos meses bajo el sopor del mediodía entre la Calle Grande y la Calle del Pozo, por la Carrera Tercera, yendo y viniendo para y del Liceo del Caribe, entre prosas y versos mentales, mientras escucho la algarabía escolar y el rumor

del océano acallado por tantos murmullos de niños. Y la bullaranga de las mujeres en el mercado y el griterío de los hombres, cigarro en boca, bebiendo ron de caña, hablando del Unión Magdalena y de la política local. Y aquel amor... Y la Virgen del Carmen y la procesión del dieciséis de julio entre serpentinas y vacalocas, y el mar de leva en octubre con el cordonazo de San Francisco que venía con vendavalitos y anunciaba los diluvios de noviembre en la cueva despierta de los mil recuerdos que ya son nostalgia o llamas de estupor o sol de sombras. Y aquellas mujeres más altas, más horas de otoño que albas, con sus voces de oro como cancioncillas de azúcar con que interrogaban la hoja en blanco de cada mediodía. La casa de Tía Haydeé fue la que habitaron las tías Granaditos, quienes murieron casi centenarias en la primera mitad del siglo veinte. Era una vivienda de una sola planta, ancha y profunda, de difusos matices coloniales. Estaba construida con arcilla, ladrillo, barro, cal, y posiblemente con lajas resquebrajadas que venían en las bodegas de los buques. La fachada era la de una casa común y corriente del Caribe con paredes amarillas de caliza pintada, un gran portón de madera con dos escalones de piedra y ventanas que permanecían abiertas durante el día y hasta el anochecer, con verjillas de rejas verticales, cruzadas por dos barrotes de hierro horizontales. No sé si lo imagino ahora, pero estoy seguro de que entre las ventanas y el canal del tejado sobresalía un adorno en relieve de hojas hendidas y rizadas. Mamá Conchita, con su lindo cabello platinado y su sonrisa generosa, levanta sus cejas angulosas y me sirve un plato con merengón. Demasiado grande para mi apetito infantil. Y tienes que comértelo todo, me dice Óswald con tono imperativo y señalando el

bizcocho. A lo lejos, el oleaje del mar trae las notas del vals *Tristezas del alma*. ¿Cómo te fue por Medellín?, pregunté sin preámbulos. Bien, muy bien. Llegué anoche muy tarde y tal vez no voy a ir hoy a la oficina, me dijo. Entonces fue cuando llegué al punto neurálgico: bueno, pero cuéntame: ¿pudiste contactar a Vulcana? Ana Polimnia guardó unos minutos de silencio y luego respondió con acento poco convincente: no... no estaba en la ciudad... Yo sentí que me degollaban como a una gallina. Hablamos de dos o tres asuntos sin importancia y nos despedimos. ¡Ah, qué desilusión! Me di un baño rápido, tomé un café fuerte, me vestí y salí con premura para alcanzar a llegar a la oficina antes de las ocho. Fue tan intenso el trabajo que tuve durante la jornada que olvidé el extraño sueño, olvidé a Vulcana y me olvidé de Ana Polimnia. Me sumergí en tantos cerros de papeles y documentos de estadísticas de escolaridad, industria manufacturera, criminalidad y degüello de ganado, que cuando salí exhausto de la oficina, ya tarde en la noche, no fui capaz de negarme a la invitación de tres compañeros a tomar unos tragos en el bar de enfrente. ¿Te acuerdas de Carlitos Arango? Sí, claro, fue uno de los mejores futbolistas de Colombia. Una de las grandes glorias del Unión Magdalena. Era de El Ancón, aquel barrio legendario, incrustado en la bahía de Santa Marta, junto con El Mangle, El Tinglao y Taganguilla. ¿Te acuerdas, Jose? Donde hacían la procesión de la Virgen el día de tu cumpleaños. Claro que me acuerdo. Una vez se robaron la imagen y la encontraron en la desembocadura del río Manzanares. Bueno, de El Ancón eran los Arango. Barrio solar, alegre, pesquero, donde el mar era más azul y más copioso de espuma, y donde se podía ver el Morro con un perfil inusual.

Intenté escribir un cuento de recio arraigo antillano o caribe, donde cada palabra expresara hasta la más profunda arteria de su temperamento. Incluso, pretendía que el lector lograra sentir el calor sofocante de los mediodías del puerto, el sabor de sus comidas, el agrio recorrido de sus rones y sus olores a tierra de patio viejo y a mar de muelle, en cada palabra, frase o párrafo que en el fluir del relato fuera brotando de la mente inagotable del recuerdo allí plasmado por voluntad del inocente neófito de las letras que era yo. Pero fíjate que, bueno, léelo primero, y después lo comentamos. Siempre le dije a Nicomedes que tuviera consideración conmigo porque yo era una mujer muy nerviosa. Y él se aprovechaba, el muy burlón, para hacerme pasar malos ratos. Cuando volvió del interior, después de cuatro años, tuvimos una larga conversación, porque durante ese tiempo no se comunicó conmigo. Ni una carta, ni una llamada, ni un marconigrama, y yo no podía aceptarlo de nuevo así porque sí. Se apareció una tarde, todo alcanforina, con una juma tremenda. Se caía de la pea. Se apareció con un mochilón, muy orondo, con un gajo de guineo en la mano y una pezuña espantosa en sus patas sucias, seguramente de tanto caminar, porque se le veían las ñoñas al pobre hombre. Pero, por lo demás, te digo que Nicomedes se veía igualito a cuando se fue: grande, gordo, con el pelo crespo y los ojos saltones, con caguamos. Ajá, mija, gritó y dejó el racimo encima del mecedor, y yo me quedé sin habla cuando vi a aquel hombre entrar por el zaguán. Te digo que no podía creerlo. Dejó el mochilón en el piso y me dijo, bañado en lágrimas: mija, me estoy ensuciando, y se fue directo al baño caminando como un patuleco. Ya te lo dije, dejó los perendengues en el suelo y se fue para el